

Esta misma noche

Por Juan Manuel TORRES

Dibujos de Héctor XAVIER

Víctor llegó corriendo hasta el automóvil estacionado cerca de la esquina y Leonardo le abrió la puerta desde adentro. Lanzó por la ventana el cigarrillo que había estado fumando mientras esperaba y oprimió el acelerador. Atravesaron en silencio las calles del pueblo y salieron a la carretera. Víctor estiró la mano y cogió una botella de ron que estaba encima del asiento trasero. La destapó y se la llevó a los labios. Bebió a grandes tragos sin alterar la expresión de su rostro. La mirada hacia adelante; no en los metros de carretera iluminada por los faros, sino en la lejanía; donde la oscuridad no permitía siluetas. A veces, pares de puntos luminosos que crecían al acercarse. Automóviles o casas; autobuses con pasajeros somnolientos; posiblemente niños con la cara pegada a los cristales, empañándolos con el aliento para dibujar sobre ellos signos misteriosos, tocándose el estómago o apretando las piernas para no orinarse.

Leonardo pidió la botella y Víctor se la dió sin verla. Se levantó la manga de la camisa y miró su reloj de pulsera. No pudo distinguir las manecillas y encendió un cerillo. Su rostro iluminado estaba pálido, con las mandíbulas apretadas y los ojos hundidos en las órbitas.

—¿Qué tal salió? —le preguntó Leonardo.

—Cayó boca arriba —dijo Víctor—. Lo iba a voltear pero entró su mujer.

—No debes creer esas cosas.

—Es la verdad —dijo Víctor—. Siempre lo matan a uno cuando caen así.

—¿Te vio ella la cara?

—No sé. Estaba muy oscuro.

—Entonces no te preocupes. No nos vio nadie en ese maldito pueblo.

—Ojalá —dijo Víctor—. No tengo ganas de morirme todavía.

—Es un pueblo horrible —dijo Leonardo—. No viviría en él por nada del mundo.

Apagó las luces y aumentó la velocidad para cruzar al automóvil que iba adelante. Al dejarlo atrás movió el espejo retrovisor para evitar el reflejo de los faros. Víctor se levantó de su asiento y pasó una mano por encima del cojín. Revisó el suelo cuidadosamente y abrió la cajuela de los guantes, de donde sacó una guía de caminos, una aceitera, una caja de balas y un paquete de cigarrillos americanos.

—¿Qué buscas? —preguntó Leonardo.

—La pistola —contestó Víctor—. No sé dónde la puse. Regresó a su sitio los objetos que había sacado.

—¿Ya buscaste bien en el suelo?

—Sí.

—¿No la habrás dejado allá?

—Estoy seguro de que la traje.

Inclinó el cuerpo para buscar en el asiento de atrás. Levantó un periódico y halló la pistola. Bajó el cristal de su ventana y arrojó el arma hacia los matorrales que bordeaban la carretera.

—¿Tienes miedo?

—No; pero no quiero tenerla encima.

—Ya te dije que ésas son supersticiones.

—Supersticiones o no, me siento mejor ahora.

Guardaron silencio durante varios kilómetros. Al salir de una curva, Leonardo habló.

—En Veracruz hay un burdel barato. Podemos ir.

—¿Para qué?

—Para conseguir una mujer.

—¿Para qué? —dijo Víctor—. No he conocido a ninguna que valga la pena.

Leonardo se quedó callado. Las luces de un automóvil que se acercaba le impedían ver bien el camino. Con el pie izquierdo apretó un botón para disminuir la intensidad de sus luces. El otro hizo lo mismo.

—Podemos divertirnos gastándonos el dinero en tragos, ¿no te parece?

—Sí, es mejor —dijo Víctor.

Pasaron junto a un pueblo pequeño. Las casas eran de madera, de techos de lámina. Sombras colocadas inútilmente junto a la carretera. Un estanquillo abierto con hombres que bebían cerveza aprovechando el sábado para llegar tarde a sus casas, a su lugar en la cama donde dormían la mujer y el hijo más pequeño. Algunos se dormirían al llegar, demasiado ebrios para otra cosa. Se acostarían sin pronunciar una sola palabra, con el deseo de no ser molestados. Esperando no hacer ruido. Como si nadie en el mundo pudiera comprender que un hombre se aburre de dormir siempre en el mismo sitio, con la misma tranquilidad. Otros, en cambio, los más jóvenes, asaltarían el cuerpo que los esperaba con un ligero instinto de soledad. Se tenderían sobre él para iniciar una serie de movimientos que termi-





narían por satisfacerlos, por hartarlos. Olvidarían así las cosas que habían pensado durante el camino: las ganas de huir, de pegarle a la mujer, de no volver a darle dinero nunca, de llorar, de abandonarla simplemente, de decirle que todo había terminado, que no la quería, que era una puerca que paría a cada rato. Pegarle y hundirla. Matarla si era preciso. Pero no; todo era cuestión de vaciarse dentro de ella y se olvidaban esas cosas. Ahí estaban los jóvenes, toda una generación, besando a sus mujeres con el orgullo de quien ha cumplido un deber. Echándose a dormir con las conciencias tranquilas, serenas, apagadas hasta el próximo sábado, hasta la siguiente borrachera. Ahí estaban los jóvenes: dormidos, con los labios entreabiertos, ensalivando las almohadas.

Leonardo apretó el acelerador hasta el fondo y la última casa quedó atrás. Encendió un cigarrillo y quiso no pensar en Anabell. Olvidarla definitivamente.

—Tienes razón —dijo.

—¿En qué? —preguntó Víctor.

—Todas las mujeres son iguales.

—Lo dije por decir.

—De cualquier manera, es la verdad.

—No lo sé —dijo Víctor—. A mí me han tocado buenas.

La carretera se alargaba ante ellos sin una curva. Leonardo conectó el aparato de radio y a través de los ruidos surgió una melodía. Era un viejo *fox* que había estado de moda diez años antes. Leonardo movió suavemente el botón sintonizador corriéndolo hacia la izquierda y hacia la derecha para eliminar las interferencias. Cuando obtuvo un sonido más o menos claro, la melodía terminó. Víctor bebió el licor que quedaba en la botella y la arrojó hacia el asfalto. Al romperse, el ruido de los vidrios sonó como un grito. Víctor soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Leonardo—. ¿Estás muy contento?

—Sí —dijo Víctor—. Muy contento. Da gusto saber que lo van a matar a uno.

—No seas imbécil. Ya te dije que no tiene nada que ver la forma en que caen.

—Eso dices tú, pero yo digo otra cosa. Cuando caen boca arriba es mala señal. Quiere decir que por mucho que huyas terminarán matándote. No se puede ir muy lejos.

—Te hubieras quedado entonces. ¿Para qué corriste?

—Es lo que hay que hacer.

—Eres demasiado supersticioso.

—Sí. Es lo único en que creo.

Quedaron nuevamente en silencio. Leonardo manejaba con seguridad, sin separar la vista del camino. El velocímetro estaba descompuesto, pero él suponía ir a ciento cuarenta kilómetros por hora. Se había acostumbrado a calcular mentalmente la velocidad de sus vehículos en la época en que trabajó en una línea de autobuses viajando de México a Nuevo Laredo, y viceversa, sin ayudante. Hacía el viaje de dieciséis horas manejando él solo. Al llegar a cualquiera de las dos terminales le daban día y medio de descanso. Este continuo viajar aguzó su sentido del tiempo y del espacio hasta que no necesitó ver el velocímetro para saber a qué velocidad iba. Normalmente fallaba por dos kilómetros de diferencia.

Durante uno de sus viajes, al llegar a Nuevo Laredo, conoció a Anabell. Ella era una muchacha morena que vivía en San Antonio. Salieron a bailar y terminaron acostados en la misma cama. Anabell tenía diecinueve años.

A partir de entonces, cada vez que Leonardo llegaba a Nuevo Laredo, ella dejaba sus estudios en San Antonio y guiando su automóvil corría a reunirsele. Él se hospedaba en uno de los cuartos más espaciosos de un hotel modesto. Abría todas las ventanas (tres en total) y conectaba el ventilador de techo. Luego bajaba y se iba a esperarla al puente. Conocía perfectamente su automóvil y no lo confundía nunca, por más que a veces pasaran otros del mismo modelo y color. En cuanto ella llegaba, él subía a sentarse a su lado, le pasaba un brazo por los hombros, se besaban ligeramente y se dirigían hacia el hotel. Una vez adentro, Leonardo sacaba de su maleta alguna chuchería llevada desde México y ella, a su vez, le obsequiaba calcetines, pañuelos o camisas americanas. Este intercambio de regalos era una especie de ritual imprescindible. Sin él, ambos se hubieran sentido mal.

En una ocasión Anabell no llegó. Leonardo la esperó inútilmente, parado en el puente internacional durante toda la noche. Después la esperó en el hotel pero fue igualmente inútil. Anabell no apareció.

Al hacer el viaje de regreso, Leonardo tuvo un accidente y perdió el empleo. Estuvo una semana acostado en una cama de hospital, pensando en ella. Cuando sanó, compró un boleto de autobús y se fue a buscarla. La encontró en San Antonio, en un apartamento de la calle Broadway. Ella se sorprendió al verlo; pero de todas maneras sintió alegría.

Esa noche fueron al cine y, a la salida, él le propuso matrimonio.

—¿Por qué nos mandaron matarlo? —preguntó Víctor.

Leonardo no lo escuchó. Con lo que le quedaba del cigarrillo que tenía en los labios encendió otro.

Aquella noche Anabell le dijo que era un tonto al confundir las cosas; que lo quería y se sentía contenta junto a él, pero nada más; que no debía pensar en casarse con ella, que así estaban bien. Leonardo tuvo ganas de golpearla.

—¿Por qué nos mandaron matarlo? —insistió Víctor.

—¿Cómo dices? —preguntó Leonardo.

—Que por qué nos mandaron matarlo.

—No lo sé.

—¿Ni te lo imaginas?

—Dicen que tenía la lengua muy suelta —dijo Leonardo apretando el volante con las dos manos.

Un trailer apareció a lo lejos y Leonardo fijó su atención en las luces de colores indistinguibles que le daban aspecto de artificio. Al acercarse vio surgir el rojo, el amarillo, el verde y el azul. Después cerró los ojos y el grito de Víctor sonó en sus oídos como una botella rota.